

## **Retrato de mujer sola sentada a la puerta**

Te has sentado, mujer, a la puerta de octubre.

La vida se detiene en el fogón, y prende tras el lento verano

la gota de tomillo que perfuma el retorno del hombre hacia el hogar.

Nada escapa a tus ojos.

Miras los eucaliptos, crees

que el alma se te ha ido por distantes veredas, lejos

del cuajarón terroso con que el muro sujeta todavía tus trémulas espaldas.

Y yergues

como los árboles tu orgullosa cabeza

y un haz de verde y plata se ha posado en tu nuca y la acribilla.

Ventea el vino su cristal añejo; la hogaza sueña en el hondón

templado de los patios; el búcaro con agua

regresará algún día a la frescura de otro joven agosto.

Pero tú esperas. Y contigo los solitarios montes, el ave cuando emigra,

el secarral sombrío y la nube turbada por cabellos de lluvia.

Mujer: sobre tu tez granítica

la noche del otoño escribe aún rumores de ganado,

el ladrido febril, la silueta difusa de una urraca

y esa huella que han dejado en tu rostro

los hijos que se fueron.

Veo tu vientre acurrucado a la solaz penumbra de la piedra.  
Veo tus manos portadoras del leño que hoy habrá de calentarte.  
Y estás desvanecida, marchitada tu faz  
como páramo yerto, mas siempre permaneces.  
Sigues ahí, guardando fiel la vida, almacenando  
en odres tu pobreza, llorando si no tienes  
alguna carta que suprima del labio la amargura.

Quizá vuelvas muy pronto a festejar  
la amorosa alcancía  
y abril sepa fragantes  
los labios del cerezo, pero hoy  
posada fue la sombra sobre tu piel de greda  
y una incógnita brama en el paisaje.  
Porque detrás de tus mejillas, en donde está tu voz,  
-ahogada y rota-,  
hay un espacio para amar que se quedó vacío.

En la silla de anea  
también cae el crepúsculo y la planicie  
está salvaje y sola como tu corazón,  
mientras el oro del ocaso se aduerme con dulzura  
en una cesta de membrillos.

Teresa Núñez